



POR FABIAN RIVERA

EL OCASO DEL
SILENCIO

EL OCASO DEL SILENCIO

Por Fabián Rivera.

Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Para mi esposa.

Caroli, Te amo tanto.

*“Hay un sueño dentro de un sueño,
Estoy más despierto cuanto más duermo,
Tú lo entenderas cuando estés muerto”.*

Marilyn Manson.

EL OCASO DEL SILENCIO

Por Fabián Rivera

PREFACIO

1

Se estaba quedando sin combustible. Fernanda Carrera no podía entender cómo había sucedido, jamás en su vida se había quedado en pana y menos por “la pana del tonto”, pero allí estaba, cruzando los dedos para que el 4x4 siguiera avanzando por la carretera, hasta llegar a la próxima estación de servicio. La noche era tibia y apenas circulaban autos por la carretera, en la radio del auto comenzaba a sonar *Karma Chameleon* de Culture Club y la apagó de inmediato, no estaba de ánimos para escuchar semejante melodía.

—Cómo no me iba a olvidar cargar petróleo por las rechuchas, con tantos problemas en la oficina. —dijo para sí misma en voz alta, mientras estiraba su delgado brazo hacia su pequeña cartera que reposaba sobre el asiento del copiloto.

—Esa huevona de mierda, está tan equivocada por la cresta... *¡Deberían echarla!* —dijo apretando los dientes.

Abrió el cierre de la cartera y extrajo del interior una cajetilla de cigarrillos, se colocó uno en la boca y presionó el encendedor del vehículo. Una vez que lo hubo encendido, sintió el primer ahogo en el motor.

—No mierda, no por favor... —dijo.

Siguió en quinta marcha acelerando suavemente; en algún momento pareció como si la camioneta hubiese vuelto a

agarrar fuerza, pero antes de que pudiese divisar siquiera algún letrero de estación de servicio, el vehículo dejó de acelerar. Con un poco de dificultad se estacionó en el costado de la carretera pensando en qué hacer. Se apeó del vehículo y procedió a abrir la maleta en busca de los triángulos reflectantes. Un camión pasó raudamente por la carretera y se asustó con el movimiento que se produjo en el Hyundai.

Una vez que colocó los triángulos y volvió a subirse al vehículo, volvió a pensar una vez más en Teresa Marchant, la gerente de marketing y de la manera estúpida que estaba llevando a cabo la negociación con TECNOHARDWARE. Cómo era posible que no se diese cuenta de que había que concretar esa venta a como dé lugar, cómo podía ser tan desgraciada e inepta y haber discutido con ella sólo por haberles dado en el gusto; qué mierda puede importar arriesgar un poco si la ganancia puede llegar a ser enorme. De pronto, ensimismada en sus pensamientos recordó qué la tenía allí, varada en la carretera a más de 100 kilómetros de su hogar. Lo único que deseó en ese minuto era llegar pronto a su departamento y darse una ducha para quitarse el mal día que había tenido. Tomó su teléfono celular y se dio cuenta de que no tenía claro a quién llamar; su familia jamás le había servido para nada y sabía que ésta no sería la excepción. Pensó en su último novio Ismael Urrutia y lo descartó de inmediato, con todo lo que le había costado quitárselo de encima no le quedaban ganas de que volviera a aparecer en su vida. Decidió al final que lo mejor sería llamar a una grúa y no molestar a nadie. “Solo naces y solo te mueres”, pensó.

Ingresó al interior del Hyundai y en tiempo record llamó al servicio de grúas, le dio contacto al motor y encendió la radio. Agradeció el especial de Morrissey que encontró en el dial, bajó las ventanas eléctricas de ambos lados, encendió un nuevo cigarrillo y se dispuso a esperar. No habían pasado más de quince

minutos cuando una camioneta Chevrolet se estacionó unos metros delante de ella. Vio bajar a un tipo delgado que llevaba puesta una camisa a cuadros y unos jeans celestes, el tipo caminó con presura hacia la ventana de Fernanda.

— ¿La puedo ayudar en algo? —Preguntó con un aire de preocupación en el rostro.

—No se preocupe, muchas gracias, ya llamé a la grúa. —respondió Fernanda en un tono adusto sin siquiera mirarlo.

El tipo la quedó mirando sorprendido y ofendido al mismo tiempo, la cara de desagrado que había puesto Fernanda había sido evidente. El tipo regresó a su camioneta y siguió por su camino acelerando rabiosamente. —*Un día cuando seas una mujer vieja y huraña y ya nadie te quiera, desearás haber tenido alguien como yo* —Escuchó en su mente. Aquellas palabras de Ismael le habían dolido tanto, pero como solía hacerlo, no dejaba que le afectasen, bloqueó sus pensamientos y siguió adelante. Pasaron 1, 2, 3, 15 camiones, parecía que cada uno de ellos más rápido que el anterior y el movimiento que se producía en el vehículo comenzaba a desesperarla.

Llevaba más de una hora de espera y nada, seguía llamando a la compañía y le decían lo mismo: “La grúa va en camino”, pero aquélla no aparecía por ningún lado y ya el nerviosismo que sentía con los tambaleos cada vez que pasaba un camión por al lado, estaba a punto de provocarle una crisis nerviosa. Un Honda Civic pasó lentamente a su lado y ella al percatarse de que la miraban desvió la vista rápidamente, tiró la colilla del cigarrillo por la ventana y luego subió ambos vidrios al mismo tiempo, antes de que siquiera pudiesen saludarla. Una vez que el especial de Morrissey hubo acabado, apagó la radio por segunda y última vez aquella noche.

Miraba alrededor la densa oscuridad que se dejaba caer por la autopista, cuando una ráfaga de viento hizo que el corazón le quedara en la garganta. De pronto vio algo en el espejo retrovisor, algo blanco, pequeño. Pensó primero en un conejo y después en una serpiente blanca y se le erizaron los pelos de ambos brazos; las odiaba con toda su alma, ya había sido diagnosticada por su psiquiatra de *Ofidiofobia*, un pavor constante a las serpientes reales e incluso imaginarias. Se agarró del volante y sintió que se desvanecía, pensó en abrir la cartera y sacar una cápsula de Clotiazepam, pero pensó que se desmayaría antes y no pudo hacerlo. Por inercia dirigió una segunda mirada al espejo retrovisor y dio cuenta del pequeño cachorro blanco que caminaba perdido en la carretera. Le dio espanto, bajó del vehículo torpemente lo más rápido que pudo, intentando recogerlo antes de que un camión o un automóvil lo dejara esparcido en el cemento. No estaba de ánimos para padecer una crisis de pánico, que era lo único que faltaba para coronar el pésimo día que había tenido. Pero no tuvo éxito en atraparlo, ya que justo un instante después de que lo tomara entre sus brazos, se dio media vuelta y fue testigo de cómo un automóvil blanco, que se había salido de la carretera, se iba directo hacia ella, pegándole con sus luces justo en los ojos, acompañado por un estruendoso y terrorífico sonido de bocina, que la dejaba sorda mientras sentía en esas escasas milésimas de segundos, el golpe del almacén del vehículo contra su delgado cuerpo...

CAPITULO I

LUMINOSIDAD

1

Despertó.

Aún podía sentir el bocinazo sonando directamente en su cabeza y el crudo golpe del automóvil blanco de lleno en su estómago. Caminó hacia el baño, todo parecía haber adquirido un brillo especial, los colores de las paredes, el piso de parquet, el lavamanos e incluso el inodoro. Creyó que era un efecto de sus ojos por haber despertado recién. Por algún motivo que desconocía ya estaba desnuda, se metió a la ducha y dio la llave del agua sin siquiera cerrar la puerta; estaba acostumbrada a ese tipo de libertad, ya había pasado mucho tiempo viviendo sola. Un dulce calor la embargó cuando comenzó a chorrear el agua por encima de su delgado cuerpo, sus pequeños pechos expuestos se erizaban como si el calor le produjera un extraño frío. Cerró los ojos y no pensó en nada por un buen rato, mientras el agua seguía cayendo sin descanso.

De un momento a otro al abrir los párpados, pudo distinguir a través de la cortina de baño, sombras moviéndose en la sala de estar; se asustó, salió de la ducha rápidamente, cerró la puerta del baño con mucho cuidado esperando no emitir ningún ruido, puso el seguro a la puerta, secó su cuerpo en tiempo record y se vistió con una ropa que encontró tirada en algún lugar. No sabía qué hacer, estaba asustada, lo único que se le ocurrió fue poner su oído en la puerta y esperar a escuchar algo que indicara el próximo paso de los intrusos, era posible incluso que tomaran algo de valor y se fueran por la puerta tal como habían llegado, sin causar ningún daño además del material. Con la oreja muy pegada en la puerta le pareció distinguir palabras sin sentido:

—*un torniquete...presiona cuando te diga... estable... pulso...estable...*

Y luego, con menos sentido aún todas las voces desaparecieron para dar paso a un beligerante llanto. Un llanto lleno de sollozos, ahogos, y por sobre todo gritos entrecortados, un llanto triste, desesperado que le hizo recordar...

—*Marianne...*

Recordó a su hermana, la única persona en el mundo que podría llorar de esa forma, pero recordarla ahora, luego de tantos años no tenía sentido. Quitó el pestillo de la puerta y la abrió lentamente, el llanto seguía intensificándose mientras ella miraba por entre el espacio de la puerta con el marco. Se armó de valor y caminó por el pasillo hacia la sala de estar, no había nadie, sólo el llanto desnudo viajando a través del sonido como un quark en el vacío. Revisó uno a uno los espacios del departamento, nada y de pronto todo cesó. Ningún ruido, reinaba completa y total calma.

Las extrañas situaciones que acababa de sufrir la hicieron perder la noción del tiempo y de pronto, sin darse cuenta, ya estaba vestida y lista para comenzar un nuevo día laboral. Salió al estacionamiento, el mismo extraño brillo del interior de su departamento lo impregnaba todo. Encontró su todoterreno estacionado en el lugar que le correspondía, una ráfaga de viento movió los arbustos que adornaban el contorno del edificio. Se fue conduciendo lentamente a pesar de que las calles se encontraran con poco tráfico. Un semáforo en rojo la hizo detenerse, en ese momento y sin motivo aparente un hombre joven apareció en medio de la calle gritando:

— *¡Qué me ha pasado! ¡Dios mío perdóname! ¡Lamento lo que he hecho! ¡Dónde estás! ¡Dime dónde estáaaaas!*

¡¡¡¡Perdónameee Dioss!!!! —Gritaba mientras en su rostro podían verse las lágrimas cayendo descontroladas una tras otra. Levantó los brazos y miró al cielo, luego se arrodilló y se agarró el cabello haciéndose evidente daño a sí mismo. Un par de segundos después cayó derrumbado en la calle y quedó llorando en el pavimento como un perro atropellado.

Cuando llegó a la oficina no tuvo que esperar momento alguno para enfrentar a Teresa Marchant, ya que de alguna manera estuvo frente a ella de inmediato.

—Quiero que me digas con tus palabras, qué mierda fue lo que pasó ayer —preguntó Teresa en un tono altivo que Fernanda conocía bien.

—Sucedió que nuestro potencial cliente TECNOHARDWARE me llamó y me solicitó una cotización de manera urgente, *¡y yo fui a hacerla!* —Dijo Fernanda muy erguida y con un tono que evidenciaba una seguridad extrema en sí misma.

—Y por ese potencial cliente, que nos ha pedido más de veinte cotizaciones y nunca nos ha mandado siquiera una miserable orden de compra... *¿has gastado todo un día de trabajo?* —Replicó Teresa— Considera que CHECK aunque es una empresa pequeña, es un cliente frecuente y nos *necesitaba*.

—Lo siento mucho Teresa, pero *yo* soy la representante de ventas de esta empresa y estoy cansada de que me hostigues tanto. Tú dedícate *a lo tuyo*, yo no tengo por qué rendirte cuentas a ti... Ah y te aviso que, si para conseguir a ese cliente debo hacer que te vistas de payaso, *¡ten por seguro que lo haré!*

Teresa se quedó allí de pie y de pronto con su enojo en el rostro pareció envejecer más. Los 40 años que tenía se multiplicaron por dos.

— ¿Algo más que quisieras preguntarme? —Desafió Fernanda con una mano en la cintura. — *¡Necesito trabajar!*

Teresa Marchant pareció haberse quedado sin palabras, lo único que atinó a hacer fue darse media vuelta y desaparecer de la escena lo antes posible. Fernanda no lo podía creer, jamás en su vida le había hablado así a Teresa, y eso que llevaba siendo víctima de sus idioteces ya más de 7 años. Se sintió complacida y feliz, miró su oficina, y la misma brillantez que había experimentado todo el día, estaba presente en cada uno de los rincones de ésta. Tomó asiento frente a la computadora y por segunda vez en ese día, escuchó llanto y sollozos desesperados, pero parecía al igual que en su departamento, que aquellos sonidos estaban propagados en el vacío, navegando a través de sus oídos o de su cerebro. Cerró la puerta y se quedó allí observándolo todo; los sonidos del llanto se intensificaron y de pronto escuchó una voz:

—*Por favor Dios mío.* —Clamaba la voz, mientras seguía con los sollozos y el llanto entrecortado. —*Por favor Dios mío no, no dejes que se vaya.*

Sintió en ese momento una necesidad incontrolable de hablar con su hermana, algo le decía que no estaba bien, que quizás las señales de las que estaba siendo testigo eran indicios premonitores. ¿Hace cuánto tiempo no la veía? No supo cómo responderse a esa pregunta, y menos cómo lo había hecho para estar esperando en el teléfono a que Marianne contestara, todo estaba resultando tan extraño, tan fugaz...

—Aló

—Hermana... ¿Estas bien?

—mm... Claro que sí Fernanda, por qué podría estar mal, ¿te sucede algo? Me puedes decir a qué debo el honor de esta llamada...

—He estado pensando en ti, —expresó. Pensó en decirle: me acordé cómo llorabas cuando éramos niñas, pero no lo dijo. — quería saber cómo estabas, he estado llena de pesadillas esta semana y sólo quería eso... saber si estabas bien.

—El estrés hermanita, *no todo es trabajo* siempre te lo he repetido... No te preocupes que yo estoy bien, bueno *tú sabes*, como siempre en realidad...

—Tienes razón Mary... te llamaré la próxima semana, ansío verte.

—Yo siempre estoy dispuesta Fernanda, tú sabes.

—Sí, tienes razón, pero esta vez lo haré... nos veremos..., cuídate mucho.

—Tú también.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Los sonidos se alejaron de la oficina y una frase estaba rimbombando en lo más profundo de su cerebro: *No todo es trabajo, no todo es trabajo, no todo es trabajo*. Pero en ese instante miró la pantalla del computador y allí estaba: Una orden de compra por más de cincuenta millones de pesos enviada por TECNOHARDWARE. Sonrió, sintió un inmenso regocijo, y

pensó en que así como se le estaban dando las cosas en las últimas horas, no era de extrañar si se llegaba a ganar un premio millonario en algún juego de azar. Se reclinó en su asiento y bebió de una taza de café que estaba esperándola muy propicia al costado del monitor.

2

Otra vez, como había sido la tónica de aquel día, no supo cuándo ni cómo había decidido caminar hacia la casa, pero allí estaba casi danzando por una avenida de nombre desconocida; una avenida en la que se iluminaba radiante cada ser vivo, cuando eran bañados por la luz del sol. El aire era cálido, sentía como si la ciudad entera estuviera inmersa en un exquisito aire acondicionado. Sonreía y se carcajeaba sola mientras caminaba, sin dejar de pensar en la sorpresa que se llevaría Teresa al día siguiente. Tendría que tragarse sus palabras y reconocer en esta oportunidad su excelente cometido, no habría forma de que pudiese evitarlo, sabía que lo que había logrado, una venta a un cliente tan grande como TECNOHARDWARE, no pasaría inadvertida para nadie en la empresa.

Ensimismada en sus pensamientos de triunfo llegó a una calle llena de grandes árboles, y de pronto, caminar bajo la sombra que éstos proyectaban, le hicieron sentir un intenso bienestar. El mismo hombre, de jeans y capucha que había visto gritar y desmoronarse en el cemento, desde su vehículo en aquel semáforo, ahora caminaba con ambas manos en los bolsillos y se dirigía directo hacia ella. Se puso nerviosa, pero siguió caminando casi como atraída por aquel muchacho, como si sintiera en lo más profundo de ella que lo conocía de alguna forma.

—*Esos ojos... ¿Dónde he visto esos ojos?* —se preguntó.

El muchacho se había acercado lo suficiente y Fernanda vio con total claridad los ojos enrojecidos, angustiados y desamparados del muchacho, que seguían estallando en llanto junto a una boca que no dejaba de temblar.

— ¿Dónde está Dios? —le preguntó. - Dime por favor dónde está... ¿Podrá perdonarme? Es que... es que... Lo lamento taaaantooo... —dijo y estalló en sollozos indescriptibles que hacían que nada de lo que habló a continuación se le pudiese entender.

Quiso tomarle la mano a Fernanda, pero ésta se asustó y comenzó a correr. El muchacho le gritó desde lejos:

—Cuando encuentres a Dios, *¡¡¡dile que estoy arrepentido!!!*, dile que, *¡¡¡Daniel está arrepentido!!!*

Su corazón latía violentamente, creyó que le vendría un ataque cardíaco y se acordó en ese mismo momento, de las crisis de pánico que alguna vez había padecido, y le extrañó no recordar cuándo había sido la última vez que se había tomado una *Clotiazepam*. Se alejó lo que más pudo y cuando se sintió segura reanudó la caminata; aunque no sin antes mirar atrás para asegurarse de que había perdido de vista al muchacho llorón. Siguió caminando un buen rato más, y otra vez dentro de su cabeza comenzó a oír el llanto de Marianne.

3

Estaba junto a su hermana en un café de La Plaza de Armas de Santiago. Por fin lo había hecho, estaba feliz mirándole el rostro y tomándole la mano encima de la mesita, mientras entablaban una conversación.

—Me han pasado tantas cosas hermanita...—dijo Fernanda- hay tanto que quisiera contarte...

—Bueno me imagino que son muchas, cinco años no pasan en vano. —respondió Marianne

— ¡Cinco Años! —exclamó Fernanda incrédula de que hubiese transcurrido tanto tiempo desde la última vez que se habían visto con su hermana.

—Sí, cinco años —dijo Marianne un poco antes de llevar la taza a su boca y sorber el dulce brebaje.

— ¡Pero si tú estas igual!

—Bueno, mi vida no es muy distinta a la que teníamos cuando éramos niñas, ya sabes, *la mamá*...

Fernanda quedó mirándola un par de segundos y luego sintió un calambre en su garganta y un pequeño temblor eléctrico en sus sienes.

—...

No dijo nada, sólo se limitó a beber café.

—La *mamá* ha estado como siempre, bueno ya sabes... su enfermedad...

—Sí bueno, algún día quisiera tener tiempo para ir a visitarla —dijo Fernanda, pero en el fondo de su corazón no quería volver a verle la cara; aún habían tantas cosas que no le podía perdonar.

—Deberías —dijo Marianne— deberías... no le queda mucho.

Fernanda bebió café y el silencio se hizo presente hasta no recordar haber salido de allí.

Caminaban juntas tomadas de la mano igual a como lo hacían cuando eran pequeñas. Se acordó de la vez que querían irse para siempre de casa y habían emprendido rumbo solitarias, acompañadas sólo por un bolso lleno de ropa y una que otra cosa para comer. La sensación era la misma, una sensación de algo nuevo, de aventura. La gente que pasaba por sus costados las quedaba mirando de la misma forma en que lo hicieron ese día, sorprendidas, extrañadas de ver a dos pequeñas niñas cruzando solas por un semáforo. De pronto se vio ella misma con zapatos de charol y calcetines con vuelitos, vestida con un traje azul de mezclilla, el mismo traje que llevaba puesto su hermana, era una costumbre de su madre vestirlas a ambas iguales.

— *¿De verdad dejé de sentir esto, por mi trabajo?* —se preguntó.

Recordó de pronto su infancia, sus amigas que la habían amado tanto, pero a las que no quiso aceptar en *Facebook* porque pensó que aquellas amistades la podían desconcentrar del trabajo. Revivió con nítidas imágenes la vez que se había escondido en el baño, poniéndose de pie encima del bidé para que no la descubrieran y que justo cuando entró la directora, éste se había quebrado desatando una explosión de agua. Recordó las risas de sus compañeras, rememoró cómo la ayudaban a secarse y también, las prendas de vestir que le habían facilitado ese día. Recordó cuando fumaban detrás de las últimas salas de clases, cuando le pusieron una tachuela a un compañero esperando que se pinchara el trasero y había terminado perforándose un testículo. Se acordó de las veces en que se habían escapado de clases, algunas cimarras... Tantos recuerdos en un breve lapso de tiempo.

—Te amo hermanita —le dijo Marianne—, te amo, por favor quédate conmigo...

La miró y vio su frágil rostro de niña empapado de lágrimas.

—Siempre estaremos unidas, te lo juro Marianne, desde hoy todo será distinto.

En algún lugar del universo, ambas se abrazaron y permanecieron así largo rato, entrelazadas de amor con sus diminutos cuerpos.

CAPITULO II

VIAJE ASTRAL

1

Se preguntó hace cuánto tiempo no sentía la necesidad de fumar. No lo supo ni le dio mayor importancia; en ese momento estaba allí, muy orgullosa frente a los mayores cargos de la compañía cerrando el trato con TECNOHARDWARE, terminando lo que era hasta ese momento la venta de su vida. Teresa estaba a su lado muy callada y sumisa, quién hubiese pensado que alguna vez se comportaría así; se preguntó por qué nunca en tantos años se había atrevido a poner las cosas en su lugar. Quizás de haberlo hecho, nunca hubiese sufrido el hostigamiento del que había sido víctima, y que la tenían según el doctor Saragoni, al borde de una neurosis crónica.

Una vez que la venta finalizó, fue felicitada debidamente por sus compañeros de labores. En los pasillos era ovacionada por todos, desde el personal de aseo hasta el gerencial, salvo por Teresa que de un momento a otro había desaparecido como si la hubiese tragado la tierra. Todos sabían lo que había logrado: captar al mayor cliente en la historia de la empresa y estaba casi segura de que en pocos días recibiría un merecido ascenso.

Luego de recibir aquellas felicitaciones y ya un poco más tranquila, caminando por los extensos pasillos de la compañía, se encontró con el dueño de la empresa: Juan Bronzi, un hombre grande, viejo y canoso que apenas caminaba y que de seguro estaba a punto de morir, pero que a pesar de eso seguía asistiendo día tras día a su amada empresa.

—Muy bien querida Fernanda, muy bien. Mañana la espero en mi oficina para que conversemos al respecto —le dijo— estamos muy impresionados con su gestión.

—Muchas gracias Don Juan —dijo Fernanda cerrando su mano contra la mano suave, manchada y fría del anciano.

—Ahh y le digo algo más, no vuelva a preocuparse por Teresa Marchant, desde este momento ella se encuentra despedida.

2

Estaba otra vez en su departamento cuando se preguntó hace cuánto tiempo no comía, se le había pasado por la cabeza que tal vez, todo lo relacionado con la venta a TECNOHARDWARE le había desordenado la mente, pero no, era algo más allá... Salió al balcón a observar la vista típica: dos edificios pequeños y en medio un rascacielos justo frente a su ventana. No podía dejar de imaginar un pene de hormigón gigante. Miró hacia el cielo y se dio cuenta de que estaba más oscuro de lo que jamás había visto, las estrellas que estaban en el firmamento, parecía que estuviesen listas para caer sobre la tierra. No sintió miedo y se quedó observándolas como hipnotizada por ellas. De un momento a otro, vio cómo todas las estrellas comenzaron a convertirse en fugaces, yendo de un lugar a otro, dejando su estela como cicatrices en el cielo oscuro.

—*Si pidiera un deseo en este momento...*—se dijo, pero no se le ocurrió nada, lo único que pudo hacer fue seguir observando el maravilloso espectáculo nocturno.

Un repentino grito la sacó de esa hermosa imagen, miró hacia todos lados, pero no había nadie. De pronto comenzó a sonar un sonido muy fuerte: *Bip, bip, bip, bip, bip*. Aquel sonido estaba inmerso dentro de su cabeza; el corazón comenzó a palpitarle con violencia mientras en el vacío de su sala de estar, seguía escuchando gritos inconexos. Su visión se fue a negro y de pronto se vio siendo reanimada en una sala de operaciones,

sólo pudiendo ver la luz encima de ella y los rostros de los 4 o 5 doctores que la rodeaban. Uno de ellos gritó: *¡Desfibrilador listo!*. Y su cuerpo fue sacudido por una fuerte electricidad. Su pecho desnudo retumbó un par de veces más y luego su visión volvió a irse a negro y de nuevo estaba de pie en su departamento. Caminó como aturdida y volvió a mirar por la ventana, el inmenso pene de hormigón ya no estaba y en su lugar se encontraba una alfombra gigantesca de pasto, llena de flores.

—Qué cresta me está pasando, *¡que mierda me está pasando!*...

Se observó las manos y éstas habían adquirido de alguna manera, toda la extraña luminosidad de la que había sido testigo durante el día, mientras se las miraba y las movía, éstas cambiaban de color. Sintió la necesidad de verse en un espejo y corrió hacia el baño, pero por más que corría no podía encontrarlo. De pronto, aquel pequeño pasillo que daba desde la sala de estar hasta el baño, se había convertido en un laberinto y no le costó mucho asumir, que no lo encontraría. Se detuvo y quiso ordenar sus pensamientos, pero otro grito despavorido la llevó de nuevo a la negrura y volvió a estar en la sala de operaciones, pero esta vez, pegada al techo viéndose a sí misma, observando como intentaban reanimarla. Eran en efecto 5 doctores, cada uno de ellos con su respectiva mascarilla y traje celeste. Su cuerpo estaba recostado sobre una camilla con el estómago abierto, la pierna completamente hinchada y moreteada, y aunque la mayor parte de su rostro estaba cubierto por una máscara de oxígeno, podía vislumbrar las magulladuras que lo cubrían.

En un momento pareció como si el viento la arrastrara, pero al querer evitarlo se dio cuenta de que ya no tenía ni brazos ni pies, ni siquiera pensamientos, sólo parecía flotar por los pasillos de aquel hospital sintiéndose cada vez más ínfima, pero a

la misma vez más completa que nunca. Dos enfermeros caminaban junto a una camilla vacía, una viejecilla se encontraba de pie frente a una puerta sosteniendo un estanque de oxígeno transportable. A diferencia de su sueño, todo tenía un matiz oscuro, parecía una pantalla de televisión a la que se le sube el contraste gradualmente. Seguía siendo arrastrada por aquella fuerza, un pasillo largo y frío albergaba a cuatro personas, dos mujeres y dos hombres, todos consolándose y llorando al mismo tiempo.

Las mujeres se secaban las lágrimas con pañuelos, los hombres con las mangas de sus suéteres. Otro pasillo, las paredes descascaradas, un hombre muy enojado golpeaba la máquina de bebidas, mientras a su lado un extraño tipo, vestido con terno y sombrero de copa, paradójicamente no dejaba de reír. Un tubo fluorescente parpadeaba, una polilla buscaba con desesperación una luz que la cobijara, una mujer pelirroja sostenía con nerviosismo el pomo de una puerta mientras mantenía sus ojos cerrados. Llegó a otro de esos pasillos, las paredes descascaradas habían dado paso a éstas que ni siquiera llevaban pintura encima; un poco más allá en el fondo encontró a su madre y a su hermana llorando. Pudo ver en ambas las inmensas ojeras que le habían quedado luego del incalculable el tiempo que habían pasado allí. Llegó hacia ellas y experimentó una luz en su interior, fuera lo que fuese la forma en la que se había convertido era lo más parecido al amor. Como un ente transparente atravesó a su madre y a su hermana que seguían llorando y siguió siendo arrastrada por aquella fuerza, era como si ella fuese ahora una pelusa arrastrada por el viento, aunque en la dimensión en que se encontraba no podía sentir nada material. Sintió que la velocidad con la que era arrastrada se incrementaba poco a poco...

Flotó y flotó hasta que finalmente salió al exterior, los árboles y los perros que estaban allí, en las afueras del hospital, brillaban con tal luz que sintió como si pudiera llorar de alegría.

Una mancha oscura, casi morada empezó a abrirse paso en el cielo despejado, comenzó a girar y mientras giraba se iba expandiendo más y más, y aquel orificio en el cielo la atraía lentamente, pero con mucha fuerza. Pudo contemplar en el fondo de aquella oscuridad una luz, la luz más brillante y potente que jamás hubiese imaginado que podría existir y sintió regocijo y placer, como un pequeño orgasmo mental. Se entregó a aquella luz, fuese lo que fuese, cuando un brusco estruendo la devolvió hasta la sala de operaciones. *Bip, bip, bip, bip, bip* sonaba, el doctor que estaba frente a ella tenía la frente muy sudada. Ahora la misma luz del foco le pegaba de lleno en el rostro, miró furtivamente viendo en el rincón de la sala, a un costado de la arsenalera, al tipo de pelo enmarañado de su sueño, con aquellos ojos tan rojos, llorando y observándolo todo, mordiéndose el puño.

— *¡Más morfina hasta que se estabilice!* —gritó el doctor y Fernanda desapareció de esa existencia y otra vez estaba en su departamento, todo luminoso.

CAPITULO III MIEDO FRÍO

1

De pie frente a su ventana, contemplando las hileras de edificios y el rascacielos se preguntó:

— *¿¡Qué me ha pasado!?*

Caminó hacia el baño pensando que no lo encontraría como la última vez, creyendo que en cualquier minuto ese pequeño pasillo volvería a convertirse en un laberinto, pero no fue así, allí estaba su baño tan blanco e iluminado como se había vuelto todo de un momento a otro. Se dispuso a observar su reflejo, en el espejo de cuerpo entero que tenía en la pared, a un costado del lavamanos y se vio desnuda, con el vientre abierto sangrante; sus tripas se movían estrujosamente, como si no parasen de digerir lo que sea que hubiese comido la última vez. Su rostro estaba lleno de magulladuras, una de sus piernas tenía incrustados un montón de fierros y tornillos. Un sentimiento de terror se apoderó de ella y toda la luz que iluminaba su propiedad comenzó a opacarse. Cerró los ojos, se recordó en la camilla del hospital, vagando sin su cuerpo por aquellos lúgubres pasillos...

—*Esto es un sueño* —pensó— *estoy... estoy en ese hospital... muriéndome... ¿O acaso ya he muerto?* —Se preguntó. El pánico y la incertidumbre la dominó por completo.

Tuvo ansias de hacer algo que pudiese solucionarlo todo, pensó en salir de allí, pero de alguna manera, en un abrir y cerrar de ojos, ya estaba afuera, sin siquiera recordar haber tomado el ascensor, o abrir alguna puerta de salida. Era tal como si su mente se hubiese apagado medio segundo y de pronto hubiese aparecido allí, como el producto de una mala escena de director de cine. Los árboles que rodeaban el edificio flameaban sus

ramas, la gente que caminaba de un lado a otro se encontraba como hipnotizada por algo, simplemente nadie la miraba ni mostraba interés alguno por ella ni por su cuerpo sangrante y desnudo. Otra vez se observó el cuerpo, introdujo sin sentido su mano dentro de su vientre y se la observó después empapada en sangre.

— *¿Acaso ya estoy muerta?, ¿o soy un fantasma...?* —se preguntó mientras cada vez sentía más miedo.

El día comenzó a oscurecer, dio un par de pasos y sintió que algo le rozaba la pierna, miró hacia sus pies y vio cómo una serpiente le bordeaba el tobillo izquierdo. Dio un grito despavorido, al mismo tiempo que comenzaba a llorar y a correr sin rumbo. Atravesaba el parque cuando la luz se fue por completo y todo quedó iluminado sólo por una resplandeciente luna llena.

El parque poco a poco se convirtió en un bosque y mientras caminaba comenzó a oír susurros, cada paso que daba crujía más que el anterior, sintió que algo se colaba entre sus pies y se le puso la piel de gallina. Cuando miró hacia ellos, se percató de que había sido sólo una mala jugada de su mente, ya que no había más que hojas secas. Tenía miedo, el campo entero estaba cubierto por aquellas hojas, una cabaña en el fondo la esperaba quieta, exhibiéndose como un trozo de pan envenenado para un mendigo, semejante al anzuelo de un pez. A unos 10 metros de ella las hojas comenzaron a levantarse, algo empezó a arrastrarse bajo la tierra directo hacia ella, se volvió hacia su derecha y el levantamiento de hojas continuó su curso otra vez en su dirección. Se olvidó de todo, hasta de su nombre y comenzó a correr hacia la cabaña, pero cada vez sus movimientos eran más lentos, y el terror se apoderaba sin compasión de su mente. Se acercaba, a pesar de que era poco a poco se aproximaba, lentamente. La cabaña de madera parecía sonreír en la oscuridad,

otra vez el *bip, bip, bip, bip* en su cabeza, pero no tuvo tiempo de pensar en ello. Miró hacia atrás, el suelo lleno de hojas seguía levantándose con un sonido de ultratumba, mientras las hojas se desparramaban hacia los costados de la proliferación de la tierra. Dio la vuelta y se fue directo a la cabaña decidida a no volver a mirar atrás. Escuchaba un siseo y otra vez parecía que sus movimientos se ralentizaban. Cuando por fin hubo llegado, comenzó a golpear la puerta con ímpetu y a gritar en busca de ayuda. No podía moverla, la tomaba del pomo, pero no tenía las suficientes fuerzas como para girarlo. Volvió a darse media vuelta y vio casi en cámara lenta, cómo una serpiente de proporciones gigantescas emergía desde la tierra. Sus ojos verdes centelleaban, sus colmillos goteaban veneno y su repulsiva lengua titilaba.

Se volvió hacia la puerta otra vez y nuevamente se aferró al pomo de ésta, su cuerpo temblaba y sentía un miedo frío; en cualquier momento los colmillos de la serpiente se le clavarían en la cabeza inyectando un veneno neurotóxico que pudriría primero su rostro y luego su cuerpo entero. Recordó su desnudez, su estómago abierto y las heridas en todo el cuerpo, pero se observó a sí misma en una milésima de segundo y se vio allí, vestida con unos jeans negros y un suéter café. El siseo seguía resonando detrás de su oreja, el pomo de la puerta giró como si lo hiciesen desde adentro, y la puerta se abrió. Entró de inmediato pensando en que no alcanzaría, en que cuando diera el último paso, la serpiente acabaría con ella; y todo era tan lento y tortuoso, que no supo cuando cerró la puerta tras de sí y sólo se dio cuenta de que lo había hecho cuando, un silencio abrazador la cubrió por completo, como consolándola.

La cabaña era en extremo rústica, la mayoría de los muebles que allí se encontraban, estaban astillados o en estado de descomposición. Recordó que varias veces en su vida había soñado con el mismo lugar, la misma casa y aquella habitación

en la planta alta... Era como un gigante *deja vú* que la había perseguido a través del tiempo. Cada vez que soñaba con aquella casa-cabaña rústica se encontraba con su abuela muerta, generalmente ésta aparecía al interior de un blanco refrigerador que se encontraba en la cocina. En esta cabaña se habían formado y había vivido las pesadillas más horrosas de toda su infancia, y de su vida. Encima de la mesa había una fuente con frutas: uvas, duraznos, manzanas y otras muchas que no descifraba o no conocía. La mesa tenía en medio una trizadura, pero la madera era gruesa y firme. Las ventanas estaban cerradas y por los vidrios sólo podía verse la negrura de la noche que había caído, comiéndose a la luna y a las estrellas. Al fondo, después del comedor, se encontraba una escalera y al costado de ésta, una cocina totalmente sucia. Se dirigió allá y entre desechos de comida en el piso, y ratas que corrían de un lado a otro, se encontró con el viejo refrigerador de sus pesadillas. No quería abrirlo, pero bien sabía que lo haría y cuando tomó la manilla de la puerta sabía lo que vendría a continuación. Abrió la puerta, su abuela estaba dentro con la cabeza ladeada chorreando sangre y con su cuerpo arrugado sin piernas, porque las había perdido por la diabetes antes de morir al caer de la cama.

—*Estoy soñando ... esto ... esto es un sueño* —pensó

El sonido de un golpe la asustó. Se devolvió al comedor y vio retumbar la puerta una y otra vez. Se dio media vuelta y se dirigió a la escalera, pero se quedó petrificada frente a ésta, porque una decena de serpientes verdes, largas y delgadas, bajaban por los escalones. Un último estremecimiento dio la puerta principal antes de quebrarse, se volvió hacia ella y vio como la enorme serpiente metía su cabeza por el hueco que recién había creado a cabezazos. Cerró los ojos y por algún motivo se acordó de lo que hacía con sus pesadillas de niña: gritaba. De alguna manera eso siempre funcionaba. Aunque despertase a toda su familia, siempre funcionaba.

— ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaahhh!

— ¡¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaahhhh!! — Seguía gritando. Abrió los ojos y vio como la serpiente se le lanzaba encima y le plantaba los colmillos en la mollera.

Temblaba. El sonido *bip, bip, bip, bip, bip* de nuevo incursionaba por su cerebro y sentía un profundo calor donde recién le habían atacado. Cerró los ojos de nuevo y esta vez, por sobre el *bip, bip, bip, bip*, juntó todas sus fuerzas y dio el grito más desgarrador que alguna vez hubiera lanzado.

—
¡¡¡AAHHHHHHHHHHHHHHHH
HH!!!

Abrió los ojos y se encontró recostada sobre una cama de hospital. Una máquina al costado mostraba un número 83 y el sonido *bip, bip, bip, bip* provenía desde sus parlantes.

— ¿Hace cuánto tiempo estoy acá? ¡¿Por qué mierda estoy acá'?!

Le retumbaba el corazón, había un fuerte olor a éter. En eso vio llegar corriendo a una enfermera, que se posicionó a su lado y agarró una de las bolsas colgantes que estaban allí. Fernanda quiso hablar, levantar un brazo, gritar o lo que fuere, pero parecía no tener ningún tipo de sensibilidad en su cuerpo, además de la vista. La enfermera inyectó algo en la bolsa plástica y de pronto su visión se nubló completamente, despertando después, una vez más, en el interior de la cabaña.

Estaba otra vez al interior de la cabaña y si bien, ya no se veían serpientes a la vista, sí podían verse los caminos viscosos que habían dejado en el piso y en los peldaños de la escalera. De repente un sabor ácido la desconcertó, eran sus encías que de pronto se habían vuelto más tibias y blandas, todos sus dientes comenzaron a aflojarse y quedaban lastimosamente a punto de caer. Quiso afirmárselos inútilmente con los dedos, pero éstos se le desprendían dejando huecos dolorosos en sus encías y un reguero de sangre en el piso. Veía desconcertada cómo todos comenzaban a salirse.

—Quiero volver, quiero regresar, esto es una pesadilla, algo... me tiene que haber pasado... *algo*...

Sintió que algo se movía tras ella y volvió a pensar en una serpiente, pero por algún extraño motivo a su mente llegó un perrito blanco y recordó... Rememoró al pequeño cachorro blanco aquella tarde en la carretera, *¿Eso había sido un sueño? O quizás...* Pero ese mismo día... había despertado, sí, había...

Cuando lo comprendió comenzó a gritar, a desgañitarse a gritos tratando de salir de aquella realidad, estaba aterrada, lo único que deseaba era abrir los ojos nuevamente en esa camilla de hospital, volver a la vida real. Se dio media vuelta y vio que aquello que había sentido moviéndose a sus espaldas no era más que su abuela sin piernas, sangrando y arrastrándose con las palmas de las manos hacia ella. Su rostro arrugado había dejado de poseer cualquier vestigio de ternura que alguna vez hubiera tenido y presentaba un rostro odioso y rabioso; con esos ojos rojos llenos de odio la miraba, mientras se acercaba con impaciencia, jadeando y sufriendo. Agarró con ambas manos las piernas de Fernanda, ella dio un alarido logrando zafarse. Caminó 3 pasos hacia atrás y cayó al piso quedando su cabeza a

la altura de su abuela muerta, quien seguía arrastrándose hacia ella con las manos apoyadas en el piso, y con los muñones dejando una especie de baba, similar a la que habían dejado las serpientes con anterioridad.

—No puedo tener miedo —pensó— esto es sólo una pesadilla, nada malo me puede pasar.

Pero cuando su abuela se acercó a ella y le dio un mordisco en la pierna, ningún dolor había sido más real. La mordía como un perro rabioso, sacudiendo su cabeza canosa de pelo corto. Con su pierna izquierda empezó a golpearla para que la soltara, pero lo único que lograba hacer era que ella apretase los dientes como un caimán, y mientras lo hacía la miraba directamente a los ojos, odiándola como en sus últimos días. Aquellos ojos estaban viscosos y muertos, detrás de la tela blanca de sus córneas podía ver aquel odio fluyendo. Seguía moviéndose tratando de soltarse cuando vio que por debajo del camión de su abuela, comenzaban a salir las serpientes verdes y delgadas; salían húmedas, como si las estuviera pariendo.

Se desesperó y volvió a gritar inútilmente, las serpientes comenzaron a metérsele por entremedio del pantalón, un estruendoso ruido se escuchó por la negra ventana. La serpiente gigante estaba allí de nuevo, parecía que hubiese percibido su presencia, su regreso a su mundo y ahora sí que nada podría evitar que se la devorara como a un indefenso ratón. Se movía con un movimiento lento, tal como si el momento que estaba viviendo no quisiera que se acabase jamás. Se acercó casi seductora hacia Fernanda y abrió grande su hocico frente a ella. Los colmillos goteaban y por las paredes se veían las salivaciones propias del hambre. El hocico de la serpiente se abría más y más, desencajando la mandíbula y haciéndole perder de pronto cualquier vestigio, que pudiera haber evidenciado una serpiente en su rostro, un nauseabundo olor inundó la escena. El

dolor en la pierna y las pequeñas serpientes entremedio de sus ropas habían pasado a segundo plano. Quería desmayarse, despertar, pero lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos, llorar y estremecerse por lo que estaba viviendo.

Un pequeño tiempo después abrió sus párpados, justo para ver que detrás de su abuela, que seguía mordiendo y rabiando con su pierna derecha, se acercaban sigilosos los colmillos y la garganta salivada de la serpiente, sólo unos escasos segundos faltaban, para que ésta comenzara a engullirla. Parecía que el plan de su abuela era morir junto a su nieta, porque ni siquiera se sobresaltó con la presencia de la serpiente, estaba como hipnotizada mordiéndola. Primero entraron los muñones, luego su pequeño torso y finalmente su cabeza, que se introducía en el hocico junto a las piernas de Fernanda, que seguía perdida en el llanto con el tufo pestilente de lleno en el rostro. Un fuerte sonido provino desde el segundo piso, sintió otra mordedura esta vez en la otra pierna, seguida por un ardor en aquella que había sido mordida antes. De su abuela sólo podía ver, rastros de su cabeza canosa en la oscuridad del interior del cuerpo de la serpiente. La lengua titilante y degenerada le rozó el rostro, estaba totalmente paralizada cuando una mano tomó la suya y la jaló hacia atrás, liberándola...

CAPITULO IV CONFIANZA

1

Su mano estaba firmemente tomada por la del muchacho llorón, quien la arrastraba con vehemencia fuera del hocico de la serpiente. Se miraba ambas piernas mientras su cuerpo se resbalaba por el piso y veía las mordeduras que le había dejado su abuela, sangrantes y sucias. Una vez que hubieron traspasado el umbral de una puerta, el muchacho llorón la cerró de un desesperado portazo. Desde allí se podía escuchar a la serpiente casi ronroneando como un gato mientras disfrutaba de su bocado sin piernas, mientras comenzaba a digerirlo.

—Fernanda, Fernanda —le dijo el muchacho, agachado y mirando su rostro de mirada perdida.

El muchacho tenía los ojos rojos debido a tanto llanto, pero en el rostro llevaba una melancólica sonrisa.

—Lo he descubierto, *¡ya sé porque Dios me mandó aquí!*

Fernanda salió como del sueño y lo miró a los ojos, todo rastro de temor se había desvanecido.

—Tú... ¿Me conoces?... - Le preguntó Fernanda con la voz temblorosa y entrecortada.

—Ahora sí te conozco, ahora sé *quién eres...* Te ayudaré a salir de esto, yo sólo tengo que...

En ese instante, comenzaron a oírse nuevos golpes estruendosos en la puerta que recién había cerrado de un portazo,

al parecer el cuerpo sin piernas de su abuela sólo había servido de pequeño aperitivo para la gran serpiente.

Pum... Plaff... ¡crack!

Con cada estruendo la madera de la puerta se trizaba más, acercándose inevitablemente al punto de inflexión. El muchacho llorón, agachado junto a Fernanda trataba de hacerla volver en sí, mientras la serpiente gigante estaba a punto de echar abajo la puerta.

¡Plaff! ¡Crack!

— *¡Toma mi mano, confía en mí!* - le pidió extendiendo la mano hacia Fernanda, que seguía tirada en estado de shock en el piso con el rostro inexpresivo.

Pum... Crack... ¡Crash!

— *¡¡Confía en mí!!* - le gritó una última vez con los ojos muy abiertos, justo en el momento en que la gran serpiente entraba rabiosa por el umbral de la puerta recién quebrada.

Fernanda posicionó los ojos en los del muchacho llorón y de pronto vio como un halo de luz comenzaba a iluminar su rostro. Sintió una gran paz. Le tomó la mano y se dejó llevar por él. Comenzaron a correr por una escalera inmensa, la gran serpiente les seguía el paso con un nuevo y repulsivo semblante. Fernanda no podía quitarle los ojos de encima al muchacho mientras corrían y en algún momento al observarse sus propias piernas, pudo notar que aquellas mordeduras y heridas que hace instantes tenía allí, ya no estaban presentes. Era como si todo su cuerpo se hubiese sanado sin haberse percatado.

Un par de giros por la inmensa escalera de caracol y llegaron a un nuevo cuarto. Cuando entraron una familiaridad invadió a Fernanda. Reconoció las muñecas tiradas alrededor de una cama sin hacer, las cortinas color crema, el caballo mecedor de madera y... la niña que estaba de espaldas a ella simulando tomar leche de una mamadera vacía.

—Marianne...

Marianne niña se dio vuelta y le preguntó:

— *¿Mama onde ta?*

Fernanda se volvió a mirar ella misma y se dio cuenta de que su cuerpo se había encogido, y que volvía a tener 3 años.

—Ya viene la mamá. -le respondió

El olor rancio de aquel dormitorio que les había servido de refugio para sobrevivir todos aquellos años había vuelto y Fernanda sintió que se le encogía el corazón. Se subió a la cama y miró por la ventana, las mismas calles sin cemento, los mismos vecinos andantes, la misma noche oscura.

—Marianne, ven —le dijo desde arriba de la cama— ven a acostarte que hace mucho frío, la mamá ya viene.

Marianne se levantó del piso, se sacudió la ropa, tomó a su muñeca preferida en brazos y se subió a la cama, todo sin soltar la mamadera de entre los dientes. Ambas se cubrieron con las frazadas y se durmieron. Cuando abrió los ojos vio que el crepúsculo había llegado junto con su madre, que miraba de pie a un costado de la cama como ambas hermanas estaban abrazadas durmiendo. Marianne seguía con la mamadera vacía en la boca.

Una mano tierna rozaba el cabello de Fernanda, un calor exquisito le hizo recordar la mano de su abuela antes de que enfermara, antes de que la odiara. Cuando abrió los ojos, estaba siendo acariciada por el muchacho llorón. Vivió un pequeño momento de confusión antes de tomar asiento en su cama con curiosa lentitud.

— ¿Quién eres tú? —preguntó. Todo volvía a parecer tan irreal, tan pasajero. Parecía que los colores se los llevaba el viento destiñendo la realidad.

—Soy Daniel, te he venido a ayudar...

— ¿Ayudarme a qué? ¿No te das cuenta de que esto no es real?... ¿Qué haces metido en mis sueños?

Daniel quedó mirándola tiernamente.

— ¿Y qué es real? —le preguntó— acaso tú... ¿podrías decírmelo?... —Fernanda iba a hablar, pero él habló primero— Nada es real, —Afirmó, —Nada de lo que has conocido es real, le dijo mientras esbozaba una especie de carcajada triste, sutil y sarcástica.

Tomó la mano de Fernanda entre las suyas, miró hacia abajo e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Ni siquiera la sala de hospital en donde duermes lo es... he pasado mucho tiempo confundido, pero hoy... por fin entiendo por qué estoy aquí.

—No comprendo, cómo es posible que... *¿cama de hospital?, pero... ¿cómo sabes eso!*

— *¿Por qué lo sé?* Porque yo también estuve allí... y te vi, y desde ese momento nunca más pude dejar de pensar en ti...

La observó a los ojos con el semblante lleno de amor.

—Sabes, lo maravilloso de los sueños es que uno puede hacer lo que quiera, le dijo Daniel, pero debes dejar de tener miedo... Si quieres salir de aquí.

—*¡¡Pero cómo no voy a tener miedo de semejantes monstruosidades!! ¿Acaso estás loco?* —dijo al borde de la desesperación— Además, estoy atrapada en este lugar, ni siquiera sé si tu existes realmente, o si ahora estás siendo parte de mi imaginación. Necesito despertar expresó y nuevamente estaba a punto de estallar en llanto.

—Créeme que soy muy real —le dijo Daniel.

Daniel se le acercó más y la abrazó, ella paralizada ante su presencia imponente, dejó caer su rostro en el pecho de él y de pronto evocó...

—Ismael...

Recordó cómo Ismael la abrazaba con total consuelo y amor las veces en que ella había sucumbido ante alguna crisis emocional. Sí, la abrazaba como lo hacía Daniel en este momento; un abrazo tibio, acogedor, pero por sobre todo lleno de amor...

De pronto comenzó a sentir en el oído que le cantaba una canción:

—*Love me, love me, love me, say you do... Let my fly away with you...*

David Bowie —pensó y revivió aquella canción.

Abrió inmensos los ojos y despegó su mejilla del pecho de Daniel. Cuando lo volvió a mirar, éste ya no era el muchacho llorón, el total y desconocido Daniel había desaparecido dando paso a su archiconocido ex novio Ismael. Él la vio y le sonrió, con esa sonrisa chueca que a ella algún día le había fascinado. Fernanda no pudo aguantar más y le dio un beso, comprendió que lo había extrañado tanto, demasiado y no se había dado cuenta antes, pero ahora al tenerlo frente a ella supo todo lo que lo necesitaba. Al cabo de un momento se besaban apasionadamente como en sus primeros días de noviazgo.

—Perdóname... Perdóname por todo —le dijo Fernanda tomándole el rostro entre sus manos y mirándolo fijamente: Ismael volvió a sonreír, pero esta vez aquella sonrisa poseía una inmensa melancolía de fondo. Una lágrima se dejó caer por su mejilla—Mi amor... No... Ya no llores más—dijo Fernanda con un aire de desesperación y tristeza. Luego acurrucó la cabeza de Daniel en su pecho y se criticó duramente a sí misma mientras lo consolaba— Cómo pude ser tan maldita con él, cómo pude hacerle tanto daño...

Lo volvió a mirar a los ojos y lo besó en la boca que estaba salada debido a las lágrimas; otro beso, uno más, la mano de Ismael comenzó a recorrer la pierna de Fernanda con extrema sutileza y dedicación, le tomó el muslo y le acarició el trasero, Fernanda se posicionó sobre él y se quitó la ropa superior, el suéter y el sostén salieron volando. Ismael comenzó a besarle los pequeños senos con esa dedicación que caracterizaba cada una de sus acciones... Fernanda sintió el miembro erecto y a punto de estallar de Ismael, una pequeña contracción en su cuerpo, un pequeño orgasmo. Ismael la tomó de la cintura y la dejó sobre una cama blanca y sedosa, se lanzó sobre ella y continuó besándole los senos, luego el estómago, la pelvis y finalmente se

dio un festín con su sexo. Una vez penetrada Fernanda temblaba de placer, no podía entender de qué manera estaba sucediendo todo esto, sabía que estaba en una especie de sueño, pero todo era tan real otra vez, tan verdadero. Parecía como si fueran a hacer el amor por toda la eternidad.

—Te amo... —Le dijo Fernanda, realmente te amo, lo he comprendido, por favor... perdóname por todo.

3

... *muy real*...

Fernanda abrió los ojos y se vio sentada en su cama con Daniel al frente. Las paredes de su departamento seguían luminosas. Aquella eternidad entrelazada al cuerpo de Ismael se había desvanecido y parecía que había sucedido en solo un pestañeo, pero a pesar de eso no podía dejar de recordar cada caricia, cada palabra, cada beso y cada orgasmo vivido...

— ¿Cómo dices?

Daniel le quedó mirando y dijo:

—Te digo que soy real, que no creas que soy una ilusión de tu mente. Quiero ayudarte, necesito ayudarte para liberarme del sufrimiento. Por favor... *confía en mí*.

— ¿Pero cómo podrías ayudarme? —preguntó Fernanda. No comprendo cómo pretendes hacerlo... —manifestó y se quedó callada y pensativa.

—Debemos... Comenzó a decir Daniel, pero Fernanda lo interrumpió:

—Pero sabes, te diré algo: estoy dispuesta a lo que sea con tal de salir de esto —dijo—, he comprendido tantas cosas, hay tanto que quiero hacer, tantas cosas que debo reparar en mi vida...

Una sonrisa iluminó el rostro de Daniel.

—Gracias Fernanda, de verdad... muchas gracias...
Fernanda lo miraba con una renovada expresión de entusiasmo y curiosidad.

—¿Y qué debo hacer, cuál es el plan? Preguntó, abriendo los ojos de par en par.

De alguna manera, el encuentro mental que había tenido con Ismael le había otorgado una razón más fuerte por vivir, unas ansias que antes no había sentido.

—Para salir de esto debemos volver... Es lo único que puede hacer que realmente... despiertes en el hospital, en todo aquello a lo que llamas realidad...

— ¿Volver? ¿Adónde?

—A la casa del bosque, a tu casa...

Se acordó de su abuela, de la serpiente, de Marianne, de Ismael, de su madre...

—Pero... ¿Por qué ese lugar? Dijo con un miedo repentino, que iba extendiéndose a medida que pasaban las milésimas de segundos.

—Porque debes superar tus miedos... y comprender...enfrentarte contigo misma, es la única manera de salir... Yo ya lo he hecho... Confía en mí por favor...

Fernanda cerró los ojos. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—Está bien, lo haré.

A Daniel se le iluminó el rostro, aquellos ojos rojizos por el llanto estaban agonizando, sus conjuntivas se llenaban cada vez más de blanco, dándole un aspecto de paz. Se puso de pie, le extendió la mano y le dijo:

—Vamos.

4

Caminaban juntos por una calle vacía y por completo soleada. La luz que se dejaba caer por todas las cosas allí presentes parecía no poseer calor, era sólo una luz radiante. Cada paso que daban se producía lentamente, era como si algo quisiera detener el inevitable destino que ambos vivirían.

Una duda comenzó a calar en Fernanda, no sabía si acaso era primera vez que se lo preguntaba, pero sintió la vaga necesidad de una respuesta.

—Daniel quiero... Más bien necesito preguntarte algo, le dijo mientras seguían avanzando.

Daniel quedó mirándola con cierto nerviosismo, como si pudiese intuir hacia dónde se dirigiría aquella inquietud. La luminosidad sufrió una leve disminución.

—Dime, le respondió

—Quiero saber... qué me une a ti, por qué eres tú precisamente el que está aquí, ayudándome.

Daniel meditó un instante.

—Me gustaría tanto decírtelo, pero no puedo —dijo y sus ojos que hace pocos momentos estaban con las conjuntivas casi blancas, comenzaron a teñirse nuevamente de sangre.

— ¿Pero por qué no puedes? —Le inquirió Fernanda.

—Porque aún no es el momento —le dijo él con voz temblorosa y luego añadió en el mismo tono: Pero quiero que sepas que lo sabrás en cuanto esto acabe, por favor —le dijo una última vez— *confía en mí.*

Fernanda lo miraba fijamente mientras él trataba de explicarse y se preguntaba a si misma: *aquellos ojos, dónde he visto aquellos ojos...*

CAPITULO V VIAJE DE REGRESO.

1

Antes de responder lo que fuese, la calle soleada se terminó y se adentraron en un bosque. La noche apareció tan rápido que ni siquiera pudieron percatarse de cuándo se produjo el cambio de la luz a la oscuridad. Sonidos de búhos, movimientos de hojas en el suelo, viento tibio con pequeños tintes fríos les daban de lleno en el rostro. Al poco rato de caminar la cabaña apareció al fondo, con la misma apariencia de antes, como si aquella cabaña de madera hiciese una sonrisa, aunque ahora esta sonrisa parecía haberse extendido llegando a niveles de locura.

—Allí está, dijo Daniel

Fernanda lo sabía, siempre había soñado con aquella casa, de alguna manera la conocía como la palma de su mano, aquellos sueños y pesadillas vividas dentro de ella le habían ayudado en eso. Llegaron hasta la puerta de entrada sin problemas. No apareció ninguna serpiente, y el movimiento lento que habían experimentado se había desvanecido. Entraron en la cabaña, una mesa de madera quebrajada tenía encima una frutera llena, como era la costumbre y las ventanas mostraban en sus vidrios, un negro demencial. Era como si afuera de la cabaña ya no existiera nada más.

— ¿Ahora qué hacemos?, preguntó Fernanda-

—Sólo sigamos adelante —respondió Daniel.

Caminaron por alrededor de la mesa hasta llegar a la cocina. El refrigerador estaba cerrado, pero por el borde de la

puerta podía verse un hilo de luz blanca. Pensó en que se encontraría con su abuela adentro, muerta, sin piernas, con la cabeza ladeada y chorreando sangre, y otra vez, como había sido la tónica de todas sus pesadillas, abrió la compuerta; pero a diferencia de todas las veces que lo había hecho en sus sueños, éstas le mostraron el interior de un refrigerador vacío, aunque en las rejillas aún quedaban vestigios de sangre coagulada y pegada. Pensó que no la había encontrado, porque si mal no recordaba, una serpiente gigante la había engullido como a un pequeño ratón.

Avanzaron hacia el segundo piso. Entraron en la primera habitación donde había visto a Marianne la última vez. No había nadie y pensó en salir de allí, pero al darse media vuelta para hacerle un tipo de comentario a Daniel, se percató de su ausencia y vio a Marianne niña en el suelo jugando con la muñeca calva. Marianne la miró y le dijo:

— *¿La Mama onde ta?... teno mucha hame.*

— *Hermanita hermosa te amo tanto* —le dijo—, y la abrazó...

— *Te amo, te amo, te amo.* —le decía mientras la besaba y la acurrucaba contra sí— *Nunca me alejaré de ti, nunca más te dejaré sola...*

Se dio cuenta de que volvía a tener 3 años, sus pequeños brazos calzaban justos con el pequeño cuerpo de su hermana.

De pronto y al mirar por sobre el hombro de Marianne hacia el suelo, vio a la muñeca calva de pie, uno de sus ojos estaba a medio cerrar y en su mano tenía un cuchillo. Un pánico terrible le hizo comenzar a temblar de miedo. Dio varios pasos hacia atrás sin soltar a su hermana del brazo, pero la muñeca ya

la había empezado a seguir y sigilosa avanzaba con su pequeña mano, firme contra el mango de un cuchillo. Era una versión ordinaria de Chucky pero calva, desnuda y con vagina.

Fernanda chocó contra la pared, tomó a Marianne como pudo y la puso detrás de ella. La muñeca comenzó a correr hacia ella, gritando semejante al primer llanto de un bebé y sosteniendo el cuchillo en alto. Fernanda se cubrió el rostro con ambas manos y sintió la primera puñalada en su pecho, luego la segunda; se quitó las manos del rostro, se miró y vio el reguero de sangre que quedaba esparcido en el piso mientras la muñeca blandía el cuchillo una y otra vez. Extrañamente era el miedo más fuerte que lo que provocaban aquellas puñaladas, porque a pesar de que sus ojos veían cada clavada, éstas no parecían debilitarla, sólo sentía algo similar al pinchazo de una inyección.

Marianne comenzó a gritar y a llorar despavoridamente, lloraba y gritaba y entre sollozos entrecortados trataba de decirle algo, de pedirle que la ayudara, que la defendiera. De alguna manera, aquella situación hizo que Fernanda se armara de valor, le sujetó el brazo en alto a la muñeca justo antes de que ésta le diera otra certera puñalada y la miró directamente a los ojos. La muñeca no se movió más, era como si toda la vida que de pronto había adquirido se le hubiese acabado. Agarró el cuchillo y lo lanzó lejos. Se sentó en el suelo del dormitorio y comenzó a desmembrarla, primero un brazo, luego el otro, después las piernas y finalmente la cabeza. Cuando terminó de hacerlo se vio de nuevo adulta, sentada en el piso, con la muñeca toda desarmada y con Daniel detrás de ella observándola con suma tristeza.

Salió de aquel dormitorio y caminó por el pasillo del segundo piso. Al mirar escalera abajo, vio cómo la mesa de madera que seguía allí descansando con su eterna fruta encima, comenzaba a desvanecerse, a ennegrecerse desde sus patas, era

como si todo el primer piso estuviese siendo devorado por la oscuridad.

2

—No te preocupes -le dijo Daniel- lo que tenga que pasar pasará, tú sólo sigue tu instinto, sigue adelante...

Fernanda no tuvo palabras para responderle, solo lo miró compungida y desorientada.

Salieron de allí, caminaron por el pasillo del segundo piso, tomó el pomo de la segunda puerta y lo giró con un nerviosismo total, no se imaginaba qué sería lo que encontraría allí. De pronto, en un acto de arrepentimiento dejó que el pomo se devolviera y la puerta nuevamente quedó cerrada.

—Sintió la mano de Daniel en su hombro, se volvió hacia él.

—No quiero hacerlo, estoy confundida...-dijo.

—Es la única manera... Por favor... Dijiste que había tanto que reparar en tu vida... *¿Lo recuerdas?*

Cerró los ojos y volvió a girar el pomo de aquella puerta, al entrar se encontraba en calidad de fantasma en su departamento, y al interior, paradójicamente de carne y hueso estaba ella e Ismael, sumidos en una frenética discusión.

—Te digo que no me interesas, *¡me da lo mismo si te mueres!* -gritó muy fuerte Fernanda

—Pero cómo puedes hablarme así por la cresta, si lo único que he querido toda mi vida es que me ames, nunca he sido

malo contigo... —dijo Ismael, sentado en el borde de la cama mientras lloraba. *¡Ni siquiera sé cómo llegamos a esto!*

— ¿Ah no, ah no? Has arruinado mis días, yo era muy feliz acá sola, no tenía que estar discutiendo con huevones, que más encima...

—Pero yo te amo —le dijo Ismael.

—¡¡Pero yo no!! —Gritó ella—, ¡entiendes que *no te amo!*, muérete, ándate y matate si quieres, *¡ja mí no me interesas!!*

Ismael sin dejar de llorar tomó su chaqueta y le dijo:

—Un día cuando seas una mujer vieja y huraña y ya nadie te quiera, desearás haber tenido alguien como yo...

—Uff... *¿ya terminaste? ¡Ándate a la mierda!*

Ismael salió del departamento dando un duro portazo.

Fernanda fantasma se fusionó con la Fernanda de carne y hueso quedando convertidas en un solo ser. Las paredes blancas del dormitorio aún elegantes y sofisticadas nada tenían que ver con el despelote que había en el cuarto. Un montón de ropa en un extremo (La ropa de Ismael), el control remoto hecho añicos, el teléfono celular lo mismo y la cama toda desordenada. ¿Por qué había empezado la pelea? ¿Quién era el culpable? Sí, seguro que algo le había indicado que la hizo sentir mal, pero no lo podía evocar. Era extraña y desagradable la sensación, el dolor y la ira aún estaban presentes en ella, podía reconocer el dolor de estómago y de muelas, que siempre se presentaba en su cuerpo cuando había este tipo de situaciones.

Tomó asiento en la cama, en el mismo lugar que había ocupado recientemente Ismael y pudo sentir la tibieza que había quedado en el colchón. ¿Cuántas veces había pasado esto? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Diez veces? Ni siquiera lo recordaba, sólo sabía que estaba furiosa, que si de ella dependiera no lo volvería a ver nunca más, que bien podría morirse esta misma noche y ella no sentiría ni la más mínima tristeza... Pero al pensar en la muerte revivió su accidente, recordó el hospital y una infinita pena la embargó, comenzó a temblar y salió corriendo por la puerta. Los pasillos del edificio se encontraban vacíos, pensó en preguntarle al conserje, pero cuando llegó hacia la conserjería se dio cuenta de que estaba vacía al igual que todo lo demás; al parecer era ella la única inquilina en aquella torre.

De pronto corría por entremedio de una calle llena de automóviles, la noche estaba oscura y fría, pero las luces de los negocios le hicieron saber que estaba en el centro de Santiago. Corrió por la Alameda siguiendo su corazón, llegó a Ahumada y se dirigió a la palmera que estaba en la esquina de la calle Moneda. Sabía que Ismael estaba allí, no sabía cómo, pero ese lugar había significado tanto para ambos. Cuando llegó y lo vio allí sentado fumándose un cigarrillo no supo qué decir. Era una situación demasiado incómoda para ella, pero se presentó valerosa frente a él. Cuando Ismael la vio, nada pudo evitar que su rostro melancólico se llenara de una especie de alegría, porque supo en ese instante que de alguna manera le importaba, y él la amaba tanto. Fernanda sacó un cigarrillo, lo encendió y se sentó a su lado bajo la palmera. Dio una calada primero y luego comenzó a hablar.

—Quiero que sepas que me equivoqué, han sido tantas las veces que no lo he aceptado que ya me cansé. Te amo, lo he comprendido, y entiendo que el amar es valorar y respetar y quiero hacer esto por ti...

Ismael la miraba al rostro mientras ella decía las cosas con la vista al frente.

—... Y te prometo que, si perdonas mi lengua maldita y nos vamos a casa juntos, nunca más te haré daño, te lo juro. Ismael tiró al suelo el cigarrillo que tenía en la mano y la abrazó. Luego con su mano dirigió tiernamente la cara de Fernanda hacia él y le dijo:

—Te perdono, te amo.
Y la besó.

Caminaron juntos toda la noche, regresaron al departamento, abrazados, amándose. Una vez que llegaron y Fernanda cruzó la puerta de entrada se percató que acababa de salir al pasillo de la cabaña, miró hacia atrás y vio a Daniel contemplándola.

—Ya falta poco, muy poco —le dijo Daniel
Miró por la barandilla hacia abajo y vio como la gran mesa de madera estaba sumergida por completo en la oscuridad.

—Todo está desapareciendo —dijo.

—Se está acabando esta pesadilla —le respondió Daniel— eso es lo que ocurre.

La última puerta de ese segundo piso se encontraba a un costado de ellos.

— ¿Seguimos? —Le preguntó Daniel

Fernanda movió su cabeza con ademán positivo y abrió la tercera puerta; una vez que entraron se sorprendió del lugar en el que había entrado, pero se dejó llevar por el calmado ambiente que la esperaba, realmente lo necesitaba.

CAPITULO VI LIBERACIÓN.

1

La sala de la consulta del doctor Saragoni estaba como siempre, muy ordenada y con esa luz tenue que incita al sueño. El tic tac de un reloj en lo alto de una pared blanca rompía el silencio en la sala. Le seguía un poco más allá una pequeña biblioteca que contenía variada literatura sobre psicología y algunas pequeñas esculturas con forma humana. El doctor encendió una fuente de agua y ésta comenzó a cumplir su función, al mismo tiempo que Fernanda se recostaba en el diván. Un pequeño tiempo para acomodarse en el tapiz de gamuza burdeo y la sesión comenzó.

—Primero que todo Fernanda, quiero que cierre sus ojos y se concentre en el sonido del agua, quiero que respire y que sienta e imagine, como sus inhalaciones llevan el oxígeno que sus pulmones distribuirán por toooodo su cuerpo...Sienta los latidos de su corazón, la sangre fluyendo por sus extremidades...
—Decía el doctor Saragoni con una voz pasiva, cauta y sugerente.

Fernanda realizaba los ejercicios con devoción, inhalaba y exhalaba profundamente, tratando de dejar atrás toda su maraña de problemas, tratando de alejarse de cualquier cosa que no significara ese momento. No era primera vez que asistía a la consulta del doctor Saragoni y ya estaba acostumbrada a este preámbulo, pero sentía que nunca lo había necesitado como en este minuto. En un momento de trance prácticamente olvidó todo lo que había vivido y se sintió de nuevo en su vida normal; y tuvo la esperanza de que aquellas sesiones la ayudarían a controlar la neurosis de la que era víctima, y aunque a veces

había sentido que de nada servían, por lo menos lograría recibir una receta para alguna droga que la mantuviera calmada.

—Contaré en reversa de diez hasta cero, y cuando llegue al último número usted estará completamente dormida —Dijo el doctor mientras tomaba sigiloso una libreta y sacaba un lápiz del bolsillo de su camisa.

—Diez, nueve, ocho... cero.

Silencio. Sólo el agua chorreando por la fuente y el tic tac del reloj en la pared.

—Fernanda, quiero que hablemos sobre tu infancia, ¿te parece bien?

Fernanda con la comisura temblorosa de sus labios emitió en un susurro:

—Está bien.

—Tienes 7 años, ¿podrías decirme dónde vives?

—Vivo en una casa de madera junto a mi hermana y a mi... madre.

—Muy bien Fernanda, ¿y tu padre?

—No tenemos padre... bueno nadie a quien llamemos papá, por lo menos...

— ¿Sabes por qué no, tienes alguna idea?

—No lo sé... mamá dice que no tenemos papá y que se acabó... eso es todo.

— ¿Qué están haciendo?

—Marianne está jugando con una muñeca calva... nunca me ha gustado, es una de esas muñecas que cierran los ojos al acostarla, siempre me ha dado miedo. Yo estoy observándola a ratos mientras veo la televisión... Estamos esperando a la mamá, tengo hambre... tenemos hambre...

— ¿Dónde está tu mamá?

—Trabajando...

— ¿Dónde trabaja, a qué se dedica?

—Es... es... bailarina... así dice que digamos, pero todos...

Se queda en silencio.

—Continúa por favor Fernanda.

—Todos... Nos dicen que es una... Puta

— ¿Quiénes dicen eso, quiénes son todos?

Fernanda comenzó a sufrir un temblor en el mentón y comienza a sollozar.

— ¿Por qué lloras?

Silencio.

—Fernanda vamos, tú puedes, dime por qué lloras. —
Insiste el doctor Saragoni.

— *¡Porque me molestan y me da vergüenza!* —responde

Fernanda en un grito doloroso.

— ¿Quiénes te molestan?

— Todos...

— Pero, ¿Quiénes son todos?

— Nuestros compañeros de colegio, los vecinos, los niños de la vuelta, todos... y nos dicen que nosotras también los somos, *¡que también somos putas!*

Explota en llanto y queda derrumbada en el diván.

— No llores más, quiero que cuando cuente tres, te traslades a un recuerdo que ames. Uno, dos... tres.

Los labios de Fernanda remitieron los temblores y el llanto se calmó. Recostada en el diván con el rostro empapado en lágrimas, sonrió.

— ¿Dónde estás?

— Estoy en la Universidad.

— Cuéntame que sucede allí, qué estás haciendo.

— Estoy con mis compañeros obteniendo mi diploma de título... Faltan por lo menos 10 personas para que me toque subir al escenario donde nos entregan los diplomas mientras nos sacamos una fotografía con el rector... Estoy muy feliz... Recuerdo cada examen, cada año que pasó desde que entré... Recuerdo mi infancia, Marianne, todo lo que me esforcé

trabajando para pagar la carrera... mis desvelos... y lloro, lloro mucho, pero ya no por tristeza...
Se queda en silencio mientras vuelve a temblarle el mentón.

— ¿Por qué lloras entonces?

—Por felicidad... Siento que el mundo se abre a mis pies, que al fin saldré de la miseria en la que siempre he vivido y para la que nací predestinada... Tengo esperanzas, grandes esperanzas...

2

Fernanda abrió los ojos, miró el reloj de la pared y se percató que había pasado más de una hora. Sus ojos estaban pegajosos, su boca tenía un sabor metálico y era víctima de un leve dolor de muelas. Se dio vuelta, una repentina tos la sacudió un poco y luego miró al doctor.

— ¿Cómo estuvo la sesión doctor? —Preguntó mientras con el puño de la camisa se secaba las lágrimas.

Antes de hablar el doctor Saragoni le entregó un pañuelo blanco, Fernanda se lo recibió.

—Bastante bien Fernanda, creo que ya encontramos una fisura importante en tu mente, no sé si concuerdas conmigo...

Fernanda sabía a qué se refería, sabía que si bien la hipnosis es un ejercicio real, siempre se está de algún modo consciente.

—Si usted lo dice doctor... —Dijo y miró el recetario que descansaba en el escritorio del doctor.

El doctor Saragoni se puso de pie, caminó hacia su escritorio, dejó su libreta de anotaciones encima y con el mismo lápiz que sostenía entre los dedos de su mano derecha, emitió una receta, la timbró y se la entregó a Fernanda.

—Nos vemos la próxima semana Fernanda, la felicito, creo que ya tengo lo necesario para que empecemos un tratamiento que la liberará de su condición.

—Gracias doctor —Respondió Fernanda con la mirada perdida en la receta que el doctor sostenía en las manos.

Agarró la receta con sus dedos, pero las manos del doctor Saragoni se habían convertido en unas curtidas manos de mujer y no soltaban el papel.

Subió la vista y vio que quien sostenía la receta era su madre.

3

Soltó la receta de sus dedos y dio un par de pasos hacia atrás, por algún momento todo había parecido demasiado real; ya planeaba la vuelta a casa en su Hyundai Tucson, pero el rostro de su madre le atenazaba de una manera cruel y triste.

Allí estaba su madre, frente a ella. La piel seca de su rostro lleno de maquillaje y su pelo largo negro azabache ondeaba como en cámara lenta.

De repente Fernanda ya no quería continuar con todo esto, no sabía bien a qué se debía, había algo más allá, no era miedo, sino rabia... Rabia por todo lo que le había hecho vivir su

madre cuando niña, rabia por todo lo que había sufrido y rabia también, por todo lo que la hacía sentir en ese momento.

—Fernanda, hija... —Dijo su madre, acercando su mano al cuerpo de ella, queriendo de alguna manera conseguir ese contacto humano.

Fernanda se negaba rotundamente a escucharla y menos tocarla, se dio media vuelta y quiso devolverse por donde mismo había llegado, pero una vez se acercó a la puerta, vio cómo debajo de ella se colaban delgadas serpientes verdes, amenazándola. Se volvió hacia su madre

— ¡No me toques!

—Hija yo sólo quiero que sepas que te amo, sé que no fui la mejor madre con ustedes, pero era joven y ...
Fernanda comenzó a gritarle:

— *¿Crees que todo se acaba con una simple disculpa?
¿Crees acaso que así nos devolveremos al pasado y estaremos a salvo?*

—No hija, las cosas no las puedo cambiar, pero...

—Sabes acaso lo que se siente ver a todo el mundo con una madre preocupada, ¿cuando ves que la tuya es una prostituta alcohólica?

—Sé que te hice daño —dijo su madre agachando la cabeza y frotándose sus curtidas manos. — pero quiero...

Fernanda cerró los dientes, la miró y se lanzó con sus manos sobre ella. Le tenía presionado el cuello en el suelo y veía que su madre ni siquiera forcejeaba con ella, sólo la miraba. No

había ningún rastro de amor en Fernanda, pero comprendió al poco rato que tampoco podía sentir odio. Le quitó las manos del cuello, se puso de pie, espero a que su madre hiciera lo propio. La miró a los ojos y le dijo con total sinceridad:

—Te perdono.

Y vio como rápidamente el cuerpo de su madre se desvanecía y desaparecía de ese lugar. Daniel se puso en sus espaldas, le tomó los hombros y ella se giró y lo abrazó. Y lloró por largos minutos.

CAPITULO VII

DOLOR

1

—Ya no queda nada, vamos, un poco más, sólo un poco más. —le dijo Daniel mientras seguía junto a ella en ese tierno y profundo abrazo.

Fernanda recuperó la compostura y se dio media vuelta, dirigiendo sus pasos hacia la gran escalera de caracol. Estaba ansiosa por terminar con todo, el cansancio mental que sentía la estaba matando. Mientras subía por aquellos peldaños, Daniel la acompañaba como un fiel lacayo. Ninguno miró por la barandilla hacia abajo, pero si lo hubiesen hecho, sólo habrían mirado de cara a la oscuridad, que no había dejado nada a la vista y que seguía expandiéndose como un pequeño universo.

Pasos lentos, cada escalón que subía desaparecía consumido por la negrura. Los únicos colores que quedaban eran los de ellos. Fernanda sintió que mucha gente los observaba a sus costados desde las paredes, parecía como si cada trozo de madera en la oscuridad tuviera cien ojos. Escuchaba murmullos y algunas risas, sí, risas molestas. Hablaban de ella y de Marianne por supuesto como en los viejos tiempos, pero en ese momento nada de eso podía importarle, su mente se había convertido en un montón de acero. Luego de un instante, los ruidos mitigaron y todo se calmó. Seguía subiendo la escalera junto a Daniel y en su cabeza comenzó a sonar una melodía, un piano. Reconoció esas primeras notas de *Life on Mars* y se inundó de goce. Aquella canción significaba tanto para ella.

— ¿Puedes escuchar? —Preguntó Fernanda deteniéndose en un escalón.

—Escucho mis propias melodías —Respondió Daniel, con sus manos en los bolsillos y la capucha de su polerón cubriéndole la cabeza.

Su semblante era triste, Fernanda recordó la primera vez que le había visto, tirado en el semáforo llorando como un loco, gritándole al cielo y agarrándose el cabello. También recordó el día que la había tomado del brazo para preguntarle si ya había encontrado a Dios. No entendía de qué forma había sucedido todo, o hace cuánto tiempo estaba dentro de la cabaña de sus pesadillas, pero de alguna manera entendía que, sin Daniel, todo podría haber sido un martirio eterno.

— ¿Por qué estás triste? —Le preguntó frente a él, detenida en el escalón y observándole el rostro.

Al principio Daniel no quería hablar y al no decir nada su respiración se volvió agitada.

—Vamos, dímelo, estamos juntos en esto —Dijo Fernanda tomándole la mano.

—Lo que pasa...Es que siento que, si no hubiese cometido tantos errores en mi vida, quizás podría...
Fernanda le quitó la capucha de la cabeza.

—...Haberte conocido o quién sabe, salir a dar un paseo, conocernos, creo que...Creo que estoy enamorado de ti.

Fernanda sintió que su corazón palpitaba y quiso hablarle, responderle algo, pero antes de que pronunciara palabra alguna Daniel continuó diciendo:

—Pero por favor no digas nada, en cualquier caso, esto nunca pudo haber sido. Así fue mi vida y así ha de acabar. No se puede ser un corcel cuando ya has nacido cerdo.

Fernanda le hizo caso y no pronunció palabra alguna, solo lo abrazó y le regaló un tierno beso en los labios. Caminaron un poco más y se encontraron en pocos momentos frente a la última puerta, y ambos detenidos en la oscuridad eran lo único que quedaba en aquel mundo.

2

Entró en la habitación, en el fondo de ésta una cama de una plaza pegada a la pared. Encima, su abuela recostada, trataba de izar su pequeño cuerpo con una cuerda, para poder cambiar el canal del antiguo televisor situado a los pies de la cama.

Fernanda corrió hacia ella y la sujetó.

—Gracias hijita. —Dijo la abuela.

—Debe tener cuidado con eso —Repuso Fernanda

—Aaahhh no se preocupe hijita, estoy acostumbrada.

Al costado de la cama había una ventana con una cortina blanca transparente. Detrás de la cortina se veía un ciruelo y un gato clavándole sus garras. Apoyadas en la pared, descansaban 2 muletas que alguna vez le habían servido cuando sólo le faltaba una pierna, antes de que la gangrena le quitara ambas.

— ¿Qué canal quiere?

—Coloque el 9 —Dijo su abuela acomodando su espalda en un gran cojín.

Fernanda agarró la perilla y la giró hasta llegar al canal indicado, luego movió la antena buscando arreglar un poco la imagen borrosa que había aparecido.

— ¿Ahí está bien?

—Sí mi amor, muchas gracias. Y dígame ¿qué está haciendo acá hijita en vez de estar en clases? ¿Estás de cimarra?
—Le preguntó rozándole el rostro con su mano.

Se observó el cuerpo y se dio cuenta de que ahora tenía 13 años y vestía uniforme escolar.

—No quería ir abuelita, no me sentía bien. —Respondió.

— ¿Qué le pasó? No me diga nada, ¿otra vez problemas con la loca de tu madre?

Fernanda bajó la mirada y no dijo nada.

Su abuela quedó observándola unos instantes y luego le dijo:

—Endulce la vida mi niña, tome. —Le entregó un billete de mil pesos que sacó quién sabe de dónde— Vaya acá a la esquina donde Don Pío y compre todos los dulces que le alcancen.

—Bueno abuelita.

Fernanda, que en esos momentos estaba agachada al borde de la cama, se puso de pie y salió de la humilde casa de su abuela.

—Vaya con cuidado. —Escuchó que le gritó ella.

Salió de la pequeña casa, abrió la reja y caminó por la vereda. Afuera la recibió un soleado día, un par de muchachos jugaban fútbol en la calle, un niño que llevaba puesto sólo el pañal, corría descalzo por la solera, un poco más allá un par de tipos que fumaban marihuana en una esquina la pirolearon y le lanzaron silbidos y besos. Ella ni siquiera los miró. Llegó al negocio de Don Pío y antes de entrar, buscó con sus ojos el sol; Y aunque todo resplandecía no lo pudo encontrar.

3

Llegó con la bolsa llena de dulces a la casa. Caminó hacia la habitación de su abuela y vio que ella seguía allí acostada.

—Acá están abuelita. —dijo mostrándole en su mano la bolsa transparente llena de dulces.

La abuela, que miraba ahora una interferencia sin señal en el televisor, la quedó mirando.

— ¿Quién eres tú? —Le preguntó frunciendo el ceño.

—Abuelita soy yo Fernanda, tu nieta —Respondió temerosa.

Su abuela la observaba con el rostro desconfiado y enojado.

— ¡Yo no te conozco! —Gritó— *¡Sale de mi casa ladrona!*

Desconcertada y temerosa Fernanda se acercó sigilosamente hacia ella.

—Míreme bien abuelita, me está asustando.

Se acercó a ella y vio cómo su abuela erguida en la cama, la miraba de reojo mientras se alejaba de ella como si la fuesen a golpear.

—Acuérdese que fui a comprar, aquí tengo los dulces — le dijo mostrándole la bolsita en la mano.

Su abuela sorpresivamente se lanzó contra Fernanda, mordiéndole la mano en la que llevaba los dulces. La bolsa cayó al suelo y sintió un dolor horrible en su muñeca.

—Sueltemeeee, me dueleeee —Dijo y al tirar la mano para quitarla de la boca de su abuela, ésta perdió el equilibrio cayendo en el piso de cabeza, produciendo el sonido que produce un coco al quebrarse en el cemento. Los muñones de sus piernas quedaron en alto y por un momento se le vio un calzón sucio, que no cubría por completo su anciana vagina.

La sangre comenzó a correr demasiado rápido y Fernanda, con su mano mordida, se quedó petrificada ante tal escena. Como si su cuerpo se hubiese movido por inercia la tomó en brazos y la dejó recostada encima de la cama, no sin antes empaparse de una caliente sangre. Los ojos de su abuela giraban en sus órbitas y su boca abierta mostraba su lengua moviéndose sin sentido.

Fernanda se cubrió el rostro con ambas manos y bajo éstas, su rostro se llenó de lágrimas.

—*Esto sólo es un recuerdo* —Dijo una voz en el aire—
No te atormentes por el pasado hijita, yo estoy bien.

Se quitó las manos del rostro y vio a una iluminada mujer. Era su abuela, dulce y completa como en sus mejores años. Su cuerpo tenía ambas piernas, su rostro era de un blanco resplandeciente y sus ojos poseían una belleza fenomenal. Fernanda se lanzó hacia ella y la abrazó. Se quedó descansando en su hombro mientras seguía llorando.

—Yo no quería, abuelita, fue un accidente, yo...Perdóneme.

—Lo sé mi amor, sé bien que lo que pasó fue un accidente, no tengo nada que perdonarle. Deje de pensar en eso mi niña, no se aferre al pasado. Yo estoy bien y la amo.

—Gracias abuelita —Dijo Fernanda con una melancólica sonrisa en el rostro.

Una especie de torbellino comenzó a producirse en el interior de ese dormitorio. Su abuela, desangrada y muerta había desaparecido. Todo su alrededor empezaba a borrarse, pero la imagen de su abuela era de una nitidez total.

—Nunca es tarde para vivir la vida —Le dijo y su cuerpo luminoso comenzó a difuminarse lentamente, hasta desvanecerse por completo.

Todo giraba, la habitación desapareció sin previo aviso y de pronto Fernanda se vio detenida como en medio de un ojo de

huracán. Sus cabellos ondeaban y se dio cuenta de que Daniel seguía allí junto a ella, mientras todo lo demás giraba. Daniel la miró y le dijo:

—Muchas gracias... por todo. Gracias por dejarme descansar de esto que me estaba carcomiendo el alma... Su cuerpo comenzó a desaparecer, y mientras desaparecía se unía al torbellino.

— ¡No Daniel espera!

Pero ya no quedaba nada por hacer, el muchacho llorón había desaparecido para siempre, como si no hubiese sido más que un poco de humo en el viento.

—Dijiste que sabría por qué—Gritó— *¡Dijiste que lo sabría una vez que esto acabara!*

No estuvo segura y nunca sabría realmente, si aquellas palabras que escuchó a continuación habían sido reales o parte de su imaginación, pero escuchó:

—*Lo sabrás.*

Todo giraba con mayor intensidad y el espacio donde Fernanda estaba de pie, se había reducido a menos de un metro cuadrado. En el fondo de aquel torbellino podía verse como el negro se había devorado todo. Fernanda se observó ambas manos y notó, que éstas comenzaban a deshacerse como si hubiesen estado hechas de arena. Cerró sus ojos y se dejó llevar. Todo continuó girando y girando y ahora ella era el torbellino, y ella era quién devoraba la oscuridad. Giró más y más rápido, en solo un par de minutos su cuerpo ya no existió más y sintió una oleada indescriptible de sensaciones, quedando su conciencia despierta en medio de la nada resplandeciente.

Un momento de calma, un pequeño y ligero dolor y luego abrió los ojos en la camilla de un hospital.

CAPITULO FINAL RENACIMIENTO.

1

Todo estaba borroso, lo primero que le pareció ver al volver, fue el delgado bulto que hacía su cuerpo bajo las sábanas. Parpadeó varias veces tratando de lograr una visión más definida, pero fue inútil. Con un movimiento lento movió la cabeza de izquierda a derecha y le pareció muy pesada. Se había olvidado por completo lo que significaba cargar con un cuerpo humano. Luego, comenzó a mover sus dedos, pero cada movimiento era acompañado por un dolor punzante, aunque nada de eso importaba, porque en el fondo de su corazón se sentía feliz.

Un intenso hormigueo en el cuerpo, luego una sensación de calor que comenzó a llenar cada espacio frío de su cuerpo. Estuvo una hora abriendo y cerrando los dedos de sus manos y pies, también movía su cuello, abría y cerraba los ojos, tratando de acostumbrarse otra vez a la “vida real”. En un momento, debido al cansancio acumulado que todos aquellos pequeños movimientos le habían significado, sintió que se desmayaba y con pánico dejó de moverse, pensando que en cualquier momento volvería al coma.

Fue consciente de las sondas en su cuerpo, tanto para alimentarse como para la extracción de sus desechos. Quiso hablar, pero su boca estaba adormilada y llena de saliva, tanto, que la primera vez que intento decir una palabra, el chorro le corrió por la mejilla derecha, mojando la sábana.

—Aaaaa, eeee... —Logró decir con una voz ronca, que dio paso a una tos pastosa.

—Ho...la... holaaaa, yy... yo... Holaaa —Logró decir con un poco más de fluidez esta vez y sintió una especie de calambre en su mandíbula.

Así continuó largo rato.

La habitación era muy blanca y elegante. A los costados, una serie de camillas se encontraban con gente durmiendo sobre ellas. De alguna parte llegaba música, era una música como de ascensor. Se quedó concentrada en la melodía esperando que alguien llegara, necesitaba que la vieran y le prestaran ayuda. No pasó largo rato, antes de que apareciera una enfermera con un lápiz en la boca y una tablilla en las manos. Ella, revisaba los niveles de las bolsas que colgaban al costado de cada camilla, y se sacaba el lápiz de la boca y anotaba datos en la tablilla. Eso mismo hizo tres veces antes de llegar a la camilla de Fernanda. Cuando se metió el lápiz en la boca para mirar la bolsa de Fernanda, ella dijo:

—Des...Desperté.

La enfermera dio un alarido como si hubiese visto un fantasma, y casi cae sentada en el piso, logró afirmarse del borde de la camilla.

—Ya desperté —Dijo Fernanda esta vez con una voz ronca y gutural.

Y la enfermera que ya no tenía las manos ocupadas, porque el lápiz y la tablilla se encontraban tiradas en el piso, se tapó la boca y dijo:

— *¡Oh Dios mío!*

Se quedó un instante petrificada junto a Fernanda y luego salió corriendo a buscar a un Doctor.

Un minuto transcurrió y llegó el doctor

— ¿Me escucha bien? —Le preguntó un joven médico

—Sí.

—Por favor siga mi dedo —Le dijo y se lo presentó frente a sus ojos.

Los ojos de Fernanda siguieron con éxito el dedo. La visión le había mejorado mucho desde que despertara hace dos horas.

El joven doctor se posicionó sobre ella y con una linterna le revisó ambos ojos, la hizo abrir la boca y le revisó la garganta, después sacó un pequeño instrumento y le revisó los reflejos dándole pequeños golpes en las rodillas.

—Hay que trasladarla a otra sala y realizarle más exámenes. —ordenó a los tres enfermeros que se habían agolpado tras él.

Le quitaron las sondas y entre dos enfermeros hombres la subieron a una silla de ruedas, luego, le pusieron un cuello ortopédico, ya que no podía siquiera sostener la cabeza en alto. Todos parecían estar muy exaltados. Llegaron al vestíbulo y la detuvieron para hablar con una mujer rubia que vestía de blanco y que no le quitaba los ojos de encima. En ese momento, detenida allí tan débil e inocente se percató de que estaba frente a un espejo y no pudo creer la imagen que divisó. Su cabello estaba lleno de canas, su piel estaba cubierta de arrugas, su cuerpo se veía esquelético y de su juventud sólo quedaba el color de sus ojos.

Nadie en el hospital podía creer que aquella paciente hubiese despertado después de 25 años y menos que pudiese articular palabras. El doctor Goenaga indicó que los exámenes que le habían realizado indicaban que su cerebro nunca había dejado de trabajar. Todo indicaba que esa era la posible causa de que no hubiese ni el más mínimo daño motriz. Tuvo que aprender todo de nuevo, caminar, comer, ir al baño, etc. Sufrió una milagrosa recuperación y al cabo de un mes ya era autovalente.

Marianne la visitó luego de dos semanas desde que había despertado. Llevaba puesto un traje formal de 2 piezas y se veía mucho más delgada de como la recordaba. Su piel también había experimentado los cambios propios del paso del tiempo, pero en el fondo seguía siendo ella, llevaba el cabello tomado en una coleta y tenía un rostro rollizo y risueño. Dos muchachos la acompañaban.

—Hermanita estoy muy feliz de que hayas despertado, te amo tanto, yo sabía que lo lograrías; nunca, nunca perdí las esperanzas.

—Gracias Marianne —Respondió Fernanda, con una voz madura totalmente desconocida, pero a la que debía acostumbrarse. —Fueron 25 años —Le dijo— Te extrañaba tanto, me hacías tanta falta.

—El accidente fue horrible Fernanda, bueno no sé si recuerdas algo de eso, pero ¡Maldito borracho irresponsable! No me gusta desear la muerte, pero que bueno que él murió. —Dijo contrayendo los músculos de su rostro.

—Lo importante es que ya todo acabó —Dijo Fernanda, no hablemos de eso, hálbame de ti.

Marianne se quedó observándola un momento y no la reconoció, su hermana Fernanda despierta luego de 25 años, poseía un semblante calmo, y su rostro irradiaba paz; No manifestaba pesar alguno por todo lo que le había sucedido, era sin duda, una nueva mujer.

—Sí, bueno hermanita, ahora tienes 53 años, te queda para rato todavía, la vida te ha dado una segunda oportunidad.

—Lo sé bien —Dijo Fernanda sin un ápice de temblor en la voz— ¿Y ellos quiénes son?

—Aaaahhh discúlpame, con la emoción lo había olvidado. Él es Nicolás —Dijo tomando de los hombros a su alto y maceteado retoño y luego tomó al otro que era más bajo y gordo— Y éste es Diego. Ambos muchachos superaban los 20 años de edad, pero eran tímidos como lo había sido su madre a esa edad—Son mis hijos ¡Saluden a la tía! —Les dijo con el pecho hinchado de orgullo— *¡Saluden a mi hermana!*

Ambos muchachos se acercaron y saludaron a Fernanda, besándole la suave, pálida y delgada mejilla.

— ¿Te casaste? —Preguntó.

—Sí, bueno, desde que la mamá...

—Dímelo no hay problema.

—Desde que la mamá murió pude comenzar a hacer mi vida, y bueno, conocí a un hombre maravilloso.

En ese momento pensó en Ismael y un breve sentimiento de pena la invadió, pero mantuvo la compostura y siguió conversando.

— ¿Cómo se llama él, a que se dedica?

—Se llama Álvaro y trabaja en Bienes Raíces. Ahh y ¿sabes qué me recuerda? Tu departamento, nunca dejé de pagar el dividendo con el dinero que recibías en tu cuenta. ¿Lo hice bien verdad hermanita? Hace 5 años que ya está pagado.

—Sí hermanita lo hiciste perfecto. Muchas Gracias.

—Sabes, tengo ganas de contarte algo: a principio de año, o sea hace unos diez meses atrás antes de que despertaras, tuve un sueño. Soñé que ambas estábamos en ese dormitorio oscuro que teníamos cuando niñas y nos veíamos siendo atacadas por esa muñeca que te daba tanto miedo ¿La recuerdas? Esa muñeca que no tenía pelo. Bueno la cosa es que tenía un cuchillo en la mano y tú, tú me defendías...

Fernanda recordaba todo como si hubiese sido el día de ayer. Era increíble que hubiesen pasado diez meses desde aquel episodio. Pero no quiso pensar en eso, tenía otras cosas más importantes en mente.

Pasaron un par de semanas más y Fernanda estuvo lista para ser dada de alta. Quiso devolverse por sí sola hacia su hogar. Marianne, que no había dejado de visitarla estas últimas semanas, ya le había entregado las llaves y la había puesto al día en cuanto a sus cuentas.

Salió del hospital y aunque hacía frío, quiso caminar un rato antes de llegar a su departamento; llevaba puesto un pantalón blanco de lino y un abrigador chaleco de lana que le

había regalado Marianne. Dejó atrás el hospital y pasó a un negocio a comprar algunos libros y discos de música, miraba y disfrutaba todo como si fuera la primera vez, y sabía que en parte lo era; un perro la empezó a seguir, pasó al lado de un vendedor de completos y compró uno. Una vez que lo recibió se lo dio al animal, que parecía sonreírle desde el piso moviendo la cola. Caminó unos cuantos pasos y dejó al perro atrás, pero muy rápido este volvió a caminar a su lado. Caminó y caminó por varias horas, hasta que sintió que el frío era demasiado y tomó un taxi.

Pasó por muchos lugares que casi no pudo reconocer, era increíble cómo la ciudad había cambiado luego de dos décadas, pero en el fondo era como ella. A pesar de la piel y los años, era la misma Fernanda, “*La mente nunca envejece*” —Pensó.

Llego a su edificio, saludó al conserje y éste le preguntó muy amable, hacia donde se dirigía.

—Soy propietaria —Le dijo— Mi departamento es el 522

—Ahh disculpe usted, nueva propietaria me imagino.

—La verdad que no. —Respondió y sonrió.

—Ahh bueno es que tampoco llevo tanto tiempo en el puesto — Dijo él.

—No se preocupe.

Tomó el ascensor, una sensación de familiaridad la invadió. Si algo no había cambiado, eran aquellos ascensores. Caminó por el pasillo del quinto piso y se dirigió al 522.

Un joven que estaba allí, afuera de la puerta 524, la quedó mirando.

— ¿Está segura de entrar allí señora? Preguntó

— ¿Por qué lo preguntas?

— Ese departamento está embrujado sabe, siempre se escucha que se abren y se cierran puertas, gritos, llantos y discusiones. Lleva abandonado no sé cuánto tiempo, si entra tenga cuidado.

Fernanda le quedo mirando y con una nueva y esplendorosa sonrisa le dijo:

—No te preocupes, pero muchas gracias de todas formas.

3

Su departamento estaba lleno de todas sus pertenencias, ropas, cuadros, libros. La cama estaba hecha. Marianne había organizado todo para que estuviera apto para cobijarla. En un rincón descansaban una serie de cartas, cuentas, así como también un lote de periódicos y revistas.

Revisó cada uno de los espacios, el baño, el dormitorio, la sala de estar y no podía dejar de recordar las situaciones vividas en el coma. Se acercó a la ventana, y vio el rascacielos. Sentía que el tiempo se había detenido. Se dispuso a descansar en su sala de estar, tomó asiento en su blanco sofá y arrastró las cartas, cuentas y periódicos hacia ella. No había ninguna carta especial, las revistas a las que estaba suscrita, por el hecho de estar envueltas en plástico, resultaban ahora casi como una forma para retroceder al pasado y ver parte de lo que había ocurrido en

su ausencia. Comenzó a revisar los periódicos y no podía dar crédito a lo que encontró en uno de ellos.

—“*Aquellos ojos, dónde he visto aquellos ojos*” —Pensó y recordó.

Una fotografía del muchacho llorón estaba allí, y un titular rezaba: CONDUCTOR EBRIO ATROPELLA A MUJER DE 28 AÑOS Y MUERE AL ESTRELLARSE CONTRA UN ÁRBOL.

La noche de este martes 7 de octubre se registró un accidente de tránsito en la ruta 68, dónde un hombre identificado como Daniel Oyarzún Pérez de 32 años, atropelló a una mujer identificada como Fernanda Carrera González de 28 años, que estaba por razones que se desconocen fuera del vehículo en el que se había quedado en panne, para posteriormente chocar con un árbol y fallecer al instante. La mujer quedó en estado grave y lucha por su vida en la clínica Rivera. Amistades y familiares del perpetrador del delito indicaron a la policía que, el muchacho estaba pasando por un momento depresivo, “llevaba varios meses sumido en el alcohol y las drogas” –Señaló Rosa Pérez, abuela del joven...

En la mente de Fernanda llegó aquel momento en el que fue embestida por el automóvil blanco, y recordó que antes de que éste embistiera contra su delgado cuerpo, su mirada había chocado contra la de Daniel. Un par de lágrimas le corrieron por las mejillas, pero no había rencor alguno en su corazón, sólo una tristeza por todo lo que había pasado. Con sus manos tocó su fotografía y recordó sus palabras: “No se puede ser un corcel, cuando ya has nacido cerdo”.

4

Pasaron los meses y se fue acostumbrando a su nueva vida, encontró en su hermana y sus sobrinos la familia perfecta, solía salir a caminar al centro de Santiago y luego de tantos años se había contactado con amigas de la infancia, con las que, varias veces al mes se juntaba a divertirse; leía mucho, trataba de escribir poesía y consumía gran cantidad de música. No había día que no disfrutara y así fue pasando el tiempo.

Una tarde de diciembre caminaba por la calle Ahumada, era época navideña y un gran viejo pascuero inflable se posaba por sobre los edificios y oficinas. Llevaba en sus manos tres bolsas llenas de regalos. Además de los propios de navidad, su sobrino Nicolás pronto sería padre y había comprado un sinfín de ropa de bebé y se sintió cansada. Caminó un poco más, se compró una bebida y se fue directo a cobijarse en alguna sombra. Se acomodó en un lugar y comenzó a beber con devoción viendo pasar a la gente. Por el cansancio y el calor ni siquiera se dio cuenta que estaba sentada en aquella palmera de Ahumada con Moneda.

Un hombre viejo se le acercó.

—Fernanda, ¿eres tú? Dijo totalmente exaltado.
Fernanda levantó la cabeza y reconoció a Ismael.

Y escuchó en lo más profundo de su mente, las palabras de su abuela: “Nunca es tarde para vivir la vida”.

La Florida, 9 de noviembre de 2016

NOTA DEL AUTOR.

Querido lector, si te ha gustado esta historia te ruego que le des “Me gusta” a mi página de Facebook, o bien que me sigas en mi blog. Es muy importante para mí, ya que de ese modo puedo seguir llevando mi trabajo hasta ti.

Para cualquier duda me puedes ubicar en el siguiente correo: 1984fabianrivera@gmail.com, o bien puedes hablarme directamente en los medios que mencioné antes.

Ah y por si aún no lo has leído, te invito a leer mi obra anterior titulada Oscuridad Eterna, en mi blog puedes descargarla de manera totalmente gratuita.

Un abrazo

Fabian Rivera.

Página Facebook: www.facebook.com/fabianriveraescritor

Blog: fabianriveraescritor.blogspot.com